10 Sept/58.

La Función Urbana

TIERRA y TRADICION

discursos 2-1
Mecanografiados

MENSAJE DEL DR. ARTURO MORALES CARRION, PRESIDENTE DE LA DUODECIMA CONVENCION DE ORIENTACION SOCIAL EN LA SESION INAUGURAL EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Me complace vivamente ver a un grupo tan nutrido de buenos ciudadanos que han respondido al llamamiento de esta Convención. Como es del conocimiento de ustedes, la Convención de Orientación Social fue fundada por un grupo de personas interesadas en brindar la oportunidad de discutir ampliamente los asuntos o problemas que en el momento son de mayor interés para la comunidad, y así poder orientar la opinión pública y contribuir al mejoramiento o solución de esos problemas. Deseo en este momento expresar mi sincero agradecimiento a todos los participantes en la Undécima Convención, que me hicieron el honor de elegirme para presidir esta reunión.

El tema que hemos seleccionado para esta Convención, el del crecimiento urbano, es uno de gran actualidad, no sólo en nuestra isla, sino en todos los rincones del mundo. Problemas tales como el transporte público, el crecimiento de los arrabales, los servicios públicos, son un denominador común en el crecimiento de todas las ciudades del mundo.

El hecho más visible inmediato aquí y en otras partes es el advenimiento de la ciudad extramuros, de la nueva ciudad abigarrada, de crecimiento febril, con el nervioso ritmo de su comercio, con la multiplicidad de sus barrios satélites donde la gran vivienda moderna se codea con el arrabal y donde, en fin, la concentración demográfica convierte a la vida social en aventura, en inquietante tensión, en incesante exigencia de servicio, en reto constante a las formas superiores de la convivencia humana y de todas sus posibilidades creadoras.

La evolución del suburbio señala el advenimiento de una nueva clase media. Esta es la nueva frontera a cuya conquista se han lanzado hoy grandes muchedumbres. No es una frontera horizontal, geográfica, de tierra virgen abierta al empuje, la actividad y la codicia. Es más bien la frontera vertical del mejoramiento económico, de la respetabilidad social, de una prosperidad uniforme: la frontera urbana, en suma.

El éxodo de la zona rural a la ciudad es un fenómeno que se nos presenta en Puerto Rico. Los antagonismos de clases, de grupos étnicos, de elementos culturales contrapuestos, se acentúan en la comunidad mayor. El antiguo sentimiento de la solidaridad comunal, tan presente en el barrio rural o en el pequeño pueblo, tiende a desaparecer en la zona metropolitana con sus suburbios y arrabales y con su imprescindible separación entre el lugar del empleo y el lugar de residencia. Surge entonces una sensación de desarraigo, de pérdida de identificación con el vecino, de atomización de la familia y el hombre. Y anda en peligro de extraviarse uno de los supremos valores de la cultura humana: el sentimiento de projimidad.

Un fino y trascendental problema de orden psicológico y cultural se le plantea a la nueva ciudad, ya que dentro de su ámbito ha de encontrar, en creciente medida, su nueva expresión el alma de la nueva sociedad. Para recrear los sentimientos de cohesión comunal, tendrá que mantener y vigorizar ciertos hilos indispensables de la tradición histórica, del institucionalismo, de la personalidad social que, a fin de cuentas, da a las comunidades como a los pueblos su sentido de pertenencia, su seguridad psicológica, su razón de ser.

Existen varias esferas en las que puede desarrollarse el urbanismo contemporáneo. Señalaré algunas. La labor del urbanismo en el terreno de las relaciones humanas consiste en estimular más amplias, justas y generosas formas de convivencia democrática por medio de más efectivas técnicas sociales que destruyan o por lo menos reduzcan los sentimientos de inseguridad, de aislamiento, de ansiedad y frustración de las crecientes muchedumbres que ingresan o han de ingresar en la nueva ciudad.

El urbanismo debe fomentar el sentido de la integración social. Debe, también estimular la actividad recreativa. En la nueva sociedad industrial que madura o despunta en tantos lugares de América, el hombre vive en el mundo del tiempo y el transporte, con un ojo puesto en el reloj y un pie en el estribo. Para que el espíritu humano no termine siendo esclavo de su productividad física, es imprescindible quebrar el ritmo ansioso con la actividad recreativa; es decir, con una recreación de aquello que llamó el profundo pensador uruguayo; José Enrique Rodó, el "ocio noble".

Desde el punto de vista que tratamos, el "ocio noble" constistiría en poner al hombre en contacto con la naturaleza, con las formas del arte que recogen la expresión colectiva y con ciertos tipos de soledad apacible y serena. En las ciudades marítimas, el urbanismo tiene la oportunidad de utilizar en parques y malecones, a través de una acertada planificación, los espléndidos alicientes de playa y mar. El hombre pescador, el hombre nadador, o simplemente el hombre meditabundo frente a la inmensidad oceánica; he ahí tres modos de que el espíritu se encuentre a sí mismo en el goce de la naturaleza.

El culto de los parques tiene, a nuestro entender, extraordinaria significación en el nuevo urbanismo nuestro. El parque, en la ciudad abultada, es el pulmón verde de su respiración natural. Saca al hombre de su inevitable cárcel de cemento o ladrillo y lo coloca de nuevo en su marco más propio y acogedor.

Pero el parque bien planificado con sus paraninfos acústicos, sus fuentes, sus bancos, sus jardines policromáticos, sus estanques y riachuelos y sus monumentos ilustres, es algo más que escape a la naturaleza. Es el espíritu de la ciudad que se encuentra a sí mismo en las más puras, eficaces y humanas formas de convivencia. Cuando la ciudad no es confuso y abigarrado hacinamiento sin sentir de colectividad, su espíritu ya maduro clama por sus parques donde el espacio abierto es símbolo de la libertad.

El parque, en la fisonomía urbanística, sirve para agrupar a la nueva sociedad de masas en grandes intentos de comunicación: el acto ceremonial y público, donde la tradición mantiene su prestancia; el acto cultural--conciertos, danzas, orfeones--donde la expresión colectiva afina su sensibilidad; el deporte, donde las tensiones y los instintos de belicosidad pueden hallar una válvula de escape dentro de actividades intranscendentes o donde se ejercita el cuerpo de la juventud para dar gracia y elasticidad al nuevo tipo humano. El uso máximo del parque, su cuidado y conservación, deben ser objetivo esencialísimo de un integral urbanismo.

Además, el urbanismo debe cultivar, en los aspectos más aprovechables el sentido de lo tradicional. Reconocemos que en este aspecto hay labores de ejemplaridad manifiesta, en muchos núcleos urbanos de toda América. La función urbana no sólo debe proveer servicio social

pasajero, sino también ofrecer un sentido de continuidad en la labor de las generaciones. Con razón ha señalado el notable sociólogo holandés, J. Huizinga, que "Un hombre colocado en postura histórica acogerá como moderna o actual una mayor porción del pasado que aquél que vive en la estricta miopía del presente."

Así, en el nuevo urbanismo. Conviene que la ciudadanía conozca el crecimiento de la fisonomía urbanística, en sus estilos de gobierno y de vida, en sus azares de guerra, en sus empeños en tiempos de paz, y en toda su experiencia vital, en suma. San Juan es un lazo de generaciones--la conciencia de ese lazo debe llegarle por medio de un dramatismo visual: en la elocuencia del monumento histórico, o de la estatua del héroe civil o de la tarja que evoca un hecho memorable. De ahí la necesidad de multiplicar las bibliotecas populares, donde junto a la rica literatura del presente, esté la colección del pasado.

Función indispensable es la de subrayar el simbolismo del acto público. Cuando una cultura se sabe fuerte y articulada, enaltece su tradición a través de un ceremonial donde el espíritu de la ciudadanía encuentra su expresión decorosa. En la ciudad del presente y del futuro, que ha de contemplar la creciente afluencia de masas desarraigadas, el ceremonial cívico poseerá el mismo valor que en la ciudad del pasado tenía el rito religioso, como vínculo espiritual y psicológico de la comunidad.